

SIGNIFICADO E INTENCIÓN: UNA DEFENSA DEL INDIVIDUALISMO PROCEDIMENTAL

Mark Bevir

*Department of Political Science
University of California, Berkeley*

Resumen. Este artículo defiende un intencionalismo débil, o individualismo procedimental, según el cual cualquier significado, o por lo menos, cualquier significado con una existencia temporal, es o bien un significado para una persona concreta o bien una abstracción basada en tales significados. Todos los significados históricos son intencionales en el sentido débil de ser significados para personas concretas. Además, podemos individuar tales intenciones débiles sólo por referencia al individuo para quien existen. Este intencionalismo débil o individualismo procedimental difiere del intencionalismo fuerte en modos que facilitan respuestas eficaces a las críticas lanzadas a éste por los New Critics, los teóricos psicoanalíticos y otros. Además, nos ayuda a entender los casos en los que parece haber dificultades peculiares para identificar quién o qué es el autor de una expresión.

Muchos historiadores de la religión, de la literatura y otros investigadores de los textos han entendido que su trabajo es recuperar las intenciones autoriales¹. Al recobrar tales intenciones, además, consideran que nos dicen algo acerca de los significados de las expresiones relevantes. El intencionalismo de tales expertos, implícito o explícito, ha sido el objeto de una crítica teórica feroz durante los últimos treinta años². De hecho, la crítica ha sido tan feroz

¹ Una versión anterior de este artículo se publicó en *New Literary History*.

² Un aspecto muy poderoso de esta crítica que no tendré en cuenta es el escepticismo que se encuentra particularmente en la deconstrucción. Los escépticos defienden que debido a que las palabras son ambiguas o dado que las intenciones no se pueden observar, no podemos fijar el significado de una expresión o recobrar las intenciones. Tal escepticismo, sin embargo,

que ahora el intencionalismo tiene un aura clara de ingenuidad teórica. Un aspecto de la crítica se centra en las dificultades para identificar o incluso postular autores para ciertas expresiones (la Biblia o un cartel de “no pisar el césped”, por ejemplo). Otro aspecto más influyente de la crítica pone de relieve diversas lagunas entre las intenciones de un autor y el significado de la expresión relevante, lagunas asociadas, por ejemplo, con el espacio existente entre la intención y la ejecución, las diferentes maneras en las que se podría comprender una expresión y los efectos de la mente inconsciente del autor.

Me parece que con demasiada frecuencia se dirigen las críticas contra una caricatura de la posición intencionalista. Creo que pocos intencionalistas desean defender la tesis fuerte de que el único significado legítimo que puede tener una expresión viene fijado por el propósito previo y consciente de su autor. De todos modos, independientemente de lo que otros intencionalistas quieran sostener, yo quiero defender un individualismo procedimental según el cual cualquier significado, o al menos cualquier significado con una existencia temporal, es o bien un significado para una persona concreta o bien una abstracción que se basa en tales significados. La posible restricción de mi defensa del individualismo procedimental a los significados que tengan una existencia temporal refleja mi preocupación por evitar debates acerca de la posibilidad de significados divinos o metafísicos³. Está claro que algunos expertos en la Biblia quieren tratarla como una revelación atemporal y divina. Sin embargo, incluso cuando los expertos postulan así significados metafísicos y atemporales, cabe suponer que permitirán que la expresión o expresiones relevantes tengan una existencia histórica, de manera que tengan significados para las personas en el tiempo. Por eso, si mi lector no cree en significados metafísicos, puede considerar que el individualismo procedimental se aplica a todo tipo de significados; pero si cree en tales significados, podría considerar que no se aplica a ellos.

Mi defensa de este individualismo procedimental tiene cuatro secciones. En la primera, sostendré que todos los significados temporales son intencionales en el sentido débil de ser significados para personas concretas. Los significados más abstractos, tales como los semánticos y los lingüísticos, o bien se basan en significados intencionales o bien son intemporales. En la segunda sección, defenderé, contra los ocasionalistas, que podemos individuar tales

equipara implícitamente el conocimiento con un sentido demasiado fuerte de certeza. El hecho de que nuestra visión de la intención de un autor sea incierta o esté abierta a revisión no impide que tengamos fundamentos válidos para mantener que esa visión es objetiva. He discutido estas cuestiones epistemológicas con detalle en M. BEVIR, “Objectivity in History”, en *History and Theory* 33 (1994) 328-44.

³ De este modo, por metafísica entiendo el intento de adquirir conocimiento de las cosas que supuestamente están fuera de nuestro mundo temporal. Es posible, naturalmente, desarrollar una metafísica histórica muy diferente, que tenga que ver con nuestro mundo temporal. Véase, por ejemplo, R. COLLINGWOOD, *An Essay on Metaphysics*, Oxford, Clarendon Press, 1940.

intenciones débiles solamente haciendo referencia al individuo para el que existen. En la tercera sección, sugiero que el individualismo procedimental se diferencia del intencionalismo fuerte en maneras que nos permiten responder eficazmente a las críticas hechas a éste por los New Critics, los teóricos psicoanalíticos y otros. Finalmente, concluiré explorando cómo el individualismo procedimental nos ayuda a entender los casos en los que parece haber dificultades especiales para identificar quién o qué es el autor de una expresión.

I

Para comenzar, quiero defender que los significados son intencionales en el sentido de que existen sólo en las mentes de personas concretas. Los significados siempre están fijados por la actividad mental (o intencional) de un individuo dado. Un modo de aproximarse a la cuestión de qué tipo de significados tienen una existencia temporal es tangencialmente, por medio del estudio de la naturaleza del significado que una expresión tiene para un lector. El significado de una expresión para un lector no puede ser su significado semántico, definido en términos de las condiciones de verdad de una proposición, porque los lectores a veces encuentran significados en declaraciones cuyas propiedades semánticas los eluden. Del mismo modo, el significado de una expresión para un lector no puede ser su significado lingüístico, definido en términos de las convenciones que gobiernan el uso de un lenguaje particular, porque los lectores a veces encuentran significados en declaraciones cuyas propiedades lingüísticas los eluden. Más generalmente, cuando alguien comprende que una expresión tiene un significado determinado, ese significado no es necesariamente el mismo que las condiciones de verdad o el significado convencional de esa expresión abstraída de la instancia particular que se está considerando⁴. Imaginemos, por ejemplo, que Paul y Susan van caminando por el East End de Londres dando vueltas a un problema. Cuando doblan una esquina, Susan sugiere una solución para el problema y, exactamente en el mismo momento, ve un albergue religioso para personas sin hogar dirigido por mujeres cuyo uniforme se parece mucho al del Ejército de Salvación. Paul dice "chica aleluya". Debido a que Susan no sabe que "chica aleluya" es un nombre que se da a una mujer que pertenece al Ejército de Salvación, considera que Peter quiere decir "bien hecho, qué idea tan brillante". En este caso, la comprensión de Susan de la expresión de Paul no nos permite declarar que el significado semántico o lingüístico de "chica aleluya" sea "bien hecho". "Chica aleluya" significa "bien hecho" para Susan en una ocasión particular, pero esto nos dice poco sobre las propiedades semánticas o lingüísticas más abstractas de "chica aleluya". Parecería, por eso, que el significado de una expresión para un lector es un significado particular para esa persona, no un significado más abstracto.

⁴ He expuesto esta cuestión en detalle en M. BEVIR, "The Errors of Linguistic Contextualism", en *History and Theory* 31 (1992) 276-98.

El significado de una expresión para un lector tiene ciertamente muchas semejanzas con el significado de una expresión para su autor. Ambos son significados que los individuos otorgan o encuentran en expresiones particulares, donde las proposiciones abstractas encarnadas en las expresiones tienen ciertos significados semánticos y lingüísticos. La única diferencia es que los autores parecen jugar un papel más activo que los lectores. Además, uno podría querer captar la pasividad relativa del lector diciendo que mientras que los hablantes pretenden comunicar significados, los oyentes acaso meramente captan significados. Sin embargo, dado que ésta es la única diferencia, podemos clasificar el significado de una expresión para un lector como una forma de significado intencional con tal de que adoptemos una forma débil de intencionalismo; podemos hacerlo con tal de que amplíemos nuestro concepto de intención desde la idea de desear comunicar un significado para abarcar también la idea de captar acaso un significado. Dado que el concepto de intención sugiere habitualmente un designio anterior para hacer algo, suele parecer que el intencionalismo equipara los significados exclusivamente con lo que los autores quieren que signifiquen sus expresiones. En contraste, yo adoptaré un intencionalismo débil que equipara los significados con los modos en que los individuos particulares, sean autores o lectores, comprenden las expresiones. Así, la clave del intencionalismo es la idea de que los significados son atribuidos a los objetos por la actividad intencional o mental de los individuos, en lugar de ser propiedades intrínsecas a los objetos en sí mismos. El intencionalismo débil sólo implica que los significados no tienen existencia aparte de los individuos. Las expresiones tienen significados sólo porque los individuos consideran que los tienen.

Lo importante es que el intencionalismo débil hace de cualquier significado que una expresión tiene para un individuo un significado intencional. El significado de una expresión para cualquier lector, así como para su autor, es un significado intencional. Una vez aceptado esto, podemos redefinir lo que está en juego en la cuestión de si todos los significados son intencionales. Sostener que lo son es defender un principio de individualismo procedimental. El intencionalismo débil implica que las expresiones tienen significados sólo para individuos concretos, sean autores, lectores o incluso los mismos expertos. Este individualismo procedimental no presupone ninguna de las otras doctrinas que han llevado el nombre de individualismo; no nos compromete, por ejemplo, ni con un individualismo atomista según el cual los individuos podrían existir, comprender significados, o ejecutar acciones separados de la sociedad, ni con un individualismo metodológico según el cual deberíamos estudiar la sociedad sin referirnos a totalidades sociales⁵.

Para defender un principio de individualismo procedimental, uno tiene que sugerir que todos los significados, o al menos todos los significados tem-

⁵ Sobre las variedades del individualismo, véase, S. LUKES, *Individualism*, Oxford, Basil Blackwell, 1973.

porales, son intencionales. Haré esto de dos modos. En primer lugar, defenderé un análisis de significados lingüísticos y semánticos que los reduce a significados intencionales. Sin embargo, estos análisis constituirán un argumento inductivo que se centra en significados semánticos y lingüísticos, de modo que alguien podría sostener que hay otro tipo de significado que no podemos reducir a los intencionales. Así, apoyaré estos análisis con un argumento para sugerir que cualquier significado que no podamos reducir a los intencionales sería atemporal.

Si podemos reducir los significados semánticos y lingüísticos a los intencionales, podemos hacer compatible su existencia con el individualismo procedimental. Consideremos primero el caso de los significados semánticos. El significado semántico de una expresión procede de lo que tendría que ser el caso para que fuese verdadera. Asumiendo, como yo haré, que no hay percepciones puras, lo que tendría que ser el caso para que una expresión fuese verdadera debe ser relativo a algún marco conceptual. Así, dado que los marcos conceptuales son sostenidos sólo por individuos, los significados semánticos no pueden existir separados de los individuos. Las expresiones pueden adquirir un significado semántico sólo en un conjunto de conceptos mantenidos por uno o más individuos. Los significados semánticos son abstracciones basadas en significados intencionales. Cuando decimos que el significado semántico de una expresión es tal y cual, suponemos que un grupo de individuos, habitualmente incluidos nosotros mismos, comparten un marco conceptual en el cual aceptarían la expresión como verdadera si tal y cual es el caso.

Consideremos ahora el caso de los significados lingüísticos. El significado lingüístico de una palabra procede del concepto al cual se refiere convencionalmente: así, el significado de “soltero” es hombre no casado. Parece claro, además, que el vínculo entre una palabra y el concepto que constituye su significado lingüístico es puramente convencional sin base natural alguna: así, la convención social podría decretar que la palabra “solte”, en vez de “soltero” se refiriese al hombre no casado⁶. Aunque podría parecer que algunas palabras son una expresión especialmente adecuada para un concepto dado, como en los casos de onomatopeya, incluso aquí podría haber claramente una convención que ligase una palabra diferente con el concepto relevante. Lo crucial es que, dado que los significados lingüísticos son puramente convencionales, éstos son dados simplemente por lo que los individuos aceptan o no como convención. Su existencia es solamente función del hecho de que varios individuos consideran que ciertas palabras se refieren a ciertos conceptos⁷. Los significados lingüísticos son abstracciones basadas en significa-

⁶ La exposición clásica de esa cuestión está en F. DE SAUSSURE, *Course in General Linguistics*, ed. C. Bally & A. Sechehaye, trans. W. Baskin, New York, McGraw-Hill, 1966.

⁷ Que las convenciones lingüísticas son producto de individuos que las adoptan ha sido resalado, entre otros, por J. SEARLE, *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, especialmente pp. 16-24.

dos intencionales. Cuando decimos que el significado lingüístico de una expresión es tal y cual, suponemos que un grupo de individuos aceptan ciertas convenciones bajo las que comprenden que la expresión se refiere a tal y cual.

Así pues, podemos concluir que los significados semánticos y lingüísticos son reducibles a los intencionales. Sin embargo, los críticos podrían sugerir que hay otra forma de significado que no se puede reducir a los intencionales. Para hacer frente a tal crítica, sostengo que cualquier forma de significado que no podamos reducir de este modo tendría que ser atemporal. De ahora en adelante simplificaré mi argumento adoptando un sencillo contraste entre un significado intencional, definido como el significado que una expresión tiene para un individuo concreto, y un significado estructural, definido como cualquier significado que pudiese tener que no pudiésemos reducir a los intencionales. Podemos acercarnos a las expresiones en una de estas dos formas opuestas dependiendo de qué tipo de significado nos interese, o mejor, creamos o no en los significados estructurales. Si queremos saber de un significado intencional o una abstracción basada en significados intencionales, consideraremos una expresión como una obra, es decir, un conjunto de palabras escritas, habladas o comprendidas de un modo particular en una ocasión particular. Si queremos postular un significado estructural, consideraremos una expresión como un texto, es decir, un conjunto de palabras, imágenes o cualquier cosa que posea un significado dado, de un modo u otro, independientemente de las personas.

Para reivindicar un análisis intencionalista del significado, tenemos que mostrar que los significados estructurales y los textos son necesariamente atemporales, objetos de otro mundo, y, por eso, cosas de las que no podemos tener conocimiento en este mundo. En efecto, no hay significados estructurales ni textos⁸. Imaginemos que un personaje del siglo XVIII hubiese escrito un ensayo que contuviese una sección titulada “chica aleluya”. Si intentamos estudiar el ensayo como un texto, tendremos que abstraer las palabras y las frases del mismo de la ocasión de su aparición. Además, cuando tratamos de identificar el significado estructural del ensayo, presumiblemente debemos tener en cuenta el hecho de que la frase “chica aleluya” puede referirse a una mujer miembro del Ejército de Salvación. El significado estructural del texto del ensayo debe incluir una referencia a la idea de un miembro femenino del Ejército de Salvación. Por ello, claramente el texto no existe en el tiempo: debe estar fuera de nuestro mundo. Después de todo, si tratamos de atribuir una existencia temporal al significado estructural del texto, encontraremos un ensayo escrito en el siglo XVIII referido a una organización que no se fundó hasta finales del XIX. Tendremos que soportar un anacronismo inaceptable.

⁸ Con razón, los contextualistas se quejan de los peligros de asumir lo contrario. Véase, sobre todo, Q. SKINNER, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en J. TULLY (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Cambridge, Polity Press, 1988, pp. 29-67.

Para ubicar un supuesto texto en el tiempo, tendríamos que apelar a algo fuera de él, pero en cuanto hacemos esto, necesariamente trasladamos nuestra atención desde el supuesto texto y su significado estructural a una obra y su significado intencional. Imaginemos que tenemos dos ensayos, uno escrito en el siglo XVIII y otro en el XX que contienen exactamente las mismas palabras y la misma puntuación exactamente en el mismo orden. Cualquier hecho que nos permita distinguir entre el significado de los dos ensayos tendría que referirse a la ocasión particular de la aparición de uno u otro; tendría que ser un hecho sobre los ensayos como obras, no textos. Además, debido a que los dos ensayos son idénticos, seguramente deben compartir el mismo significado estructural. Así, si el ensayo del siglo XX contiene una sección titulada “chica aleluya”, de modo que “un miembro femenino del Ejército de Salvación” es parte del supuesto significado estructural de su texto, el supuesto significado estructural del texto del ensayo del siglo XVIII también debe incluir la mención del Ejército de Salvación. Por eso, una vez más, no podemos atribuir existencia real o temporal a los textos sin caer en anacronismos inaceptables. No podemos hacerlo porque los textos no tienen una existencia histórica. En cuanto consideramos una expresión como un objeto histórico, necesariamente centramos nuestra atención en su significado intencional como obra. La manera obvia de fijar una declaración en la historia es considerar el significado que tuvo para ciertas personas. Podríamos decir, por ejemplo, que nuestros dos ensayos idénticos tienen significados diferentes porque las palabras que contienen significaban cosas diferentes para las personas del siglo XVIII y las del siglo XX. Preguntar por el significado que una expresión tenía para un grupo particular de gente, sin embargo, es, dada una versión débil del intencionalismo, preguntar por el significado de varias obras. Preguntar qué significaba el ensayo para las personas del siglo XVIII es preguntar cómo lo entendieron, es preguntar por sus intenciones débiles. Podemos concluir, así pues, que sólo los significados intencionales y las obras tienen una existencia real o temporal.

Una vez que se adopta un intencionalismo débil según el cual el significado de una expresión para cualquier individuo dado se convierte en una especie de significado intencional, sólo hay un modo de evitar un análisis intencionalista del significado sin postular algún tipo de reino divino o sobrenatural del cual supuestamente podemos adquirir conocimiento. Se debe identificar un lenguaje-x con un significado-x que existe en una historia, como los significados intencionales, pero que existe independientemente de los individuos particulares, como existirían los significados metafísicos. Aunque algunos estudiosos han tratado de defender algo semejante al lenguaje-x, sus esfuerzos parecen condenados al fracaso⁹. Consideremos qué implica

⁹ Para algo muy semejante a un lenguaje-x, véase la explicación de Michel Foucault de las epistemes como “aprioris históricos” que existen en el tiempo en un mundo libre de subjetividad. M. FOUCAULT, *The Order of Things*, London, Routledge, 1989, particularmente pp. xx-xxii.

abandonar la idea de que los significados temporales existen sólo para los individuos. Cuando hablamos de un lenguaje social, típicamente tenemos en mente un conjunto de significados intersubjetivos compartidos por varias personas. Por ejemplo, cuando dos personas hablan de una amiga que es miembro del Ejército de Salvación diciendo "Jane es una chica aleluya", comparten un conjunto de significados que constituyen el lenguaje que usan para comunicarse. Así, aunque podríamos describir su lenguaje compartido como una estructura social, no deberíamos por ello comprometernos con la afirmación de que existe independientemente de los individuos particulares. Por el contrario, existe sólo porque ellos, en cuanto individuos, comparten ciertos significados. Dado que el lenguaje-x no encarna este tipo de intersubjetividad, su status ontológico sigue siendo sumamente vago. No puede ser una entidad concreta, ni puede ser una entidad emergente, dado que si lo fuera tendría que emerger a partir de hechos sobre individuos. De hecho, el lenguaje-x debe existir independientemente del pensamiento humano, dado que nuestros pensamientos son hechos sobre nosotros, de modo que si el lenguaje-x depende para su existencia de nuestros pensamientos, no existiría independientemente de nosotros como individuos. El lenguaje-x debe ser una forma platónica; debe ser una entidad abstracta con una existencia real e independiente. Aunque las formas platónicas han tenido un sitio de honor en la historia de la filosofía, la sospecha (post)moderna de la posibilidad misma de verdades autoevidentes hace difícil de defender la creencia en las mismas. Además, los que se oponen al individualismo procedimental afrontan dificultades especiales, dado que la creencia en un lenguaje-x que existe en el tiempo exige que atribuyan una existencia temporal a una forma platónica. Deben explicar cómo una forma platónica puede existir durante cierto tiempo y luego desvanecerse. ¿Cómo puede una forma platónica estar sujeta a procesos naturales como el crecimiento y el deterioro? Sin duda, cualquier teoría del significado que se encuentre teniendo que responder a esta pregunta va por muy mal camino.

Todos los significados temporales son o bien significados para los individuos o abstracciones derivadas de significados para los individuos. A este respecto, el individualismo procedimental nos brinda los comienzos de un análisis del significado. Supone que los individuos asocian significados con declaraciones, libros, películas, acontecimientos y cosas por el estilo: las declaraciones, los libros, las películas y esas cosas no encarnan los significados por sí mismos. Los objetos llegan a significar algo sólo porque alguien comprende que lo hacen. Quizá esta idea de que los significados son constructos humanos no parezca nada conflictiva, pero aún así esta idea incontrovertible tiene corolarios controvertidos. Para empezar, implica que no podemos atribuir significados a los textos. Dado que los significados siempre existen sólo para los individuos, no podemos atribuir un significado a un texto en sí mismo. A menos que un experto en textos especifique, aunque sea implícitamente, la persona o las personas particulares para las que cree que un texto tenía un significado concreto, deberíamos asumir que el experto sim-

plemente nos dice cómo elige leer el texto: no deberíamos cometer el error de asumir que nos está ofreciendo una interpretación del texto mismo; podemos disfrutar de su lectura, pero no debemos preocuparnos por preguntarnos si es verdadera o falsa, porque no hay ningún objeto del cual busque dar una explicación adecuada. Sólo podemos preguntar por el significado que un texto tenía o tiene para fulano, es decir, el significado de una obra. Además, la idea de que los significados son constructos humanos implica que debemos rechazar la posibilidad de una conciencia colectiva que sea mayor que sus componentes individuales. Tiene sentido hablar de una mentalidad protestante o del fundamentalismo hindú sólo si pretendemos destacar con ello el hecho de que varios individuos comparten ciertas creencias. Por principio, debemos poder traducir cualquier declaración sobre una conciencia colectiva en una serie de declaraciones sobre individuos concretos. Los significados pueden ser intersubjetivos, pero un significado intersubjetivo es sólo el resultado de que individuos concretos atribuyen el mismo significado a un objeto dado.

II

Todos los significados derivan en último término de intenciones. Esto nos deja una cuestión importante que hay que responder: ¿podemos identificar e individuar una intención particular solamente en términos de hechos acerca de la persona cuya intención es? Quizá me precipité al adoptar el individualismo procedimental. He establecido sólo que podemos centrarnos exclusivamente en los significados intencionales, y esto no me permite necesariamente concluir que podamos fijar una intención solamente por referencia al individuo cuya intención es. Además, si no podemos individuar las intenciones sólo tomando como referencia los individuos cuyas intenciones son, no podremos especificar el contenido de un significado sólo en términos de hechos acerca del individuo relevante. Esta línea de argumentación lleva a algunos ocasionalistas a rechazar el intencionalismo.

Obviamente, las expresiones están históricamente situadas. Se hacen y se refieren a ocasiones que existen sin tomar en cuenta las intenciones de sus autores. Por ejemplo, cuando Peter dice “chica aleluya”, lo hace en el contexto de y con referencia a una ocasión compuesta de objetos y acontecimientos específicos, incluyendo tanto la sugerencia de Susan como el albergue para los indigentes. Los ocasionalistas sostienen que la naturaleza situada de las expresiones implica que su significado refleja necesariamente aspectos de las ocasiones en las que se hicieron. La mayoría de los ocasionalistas afirma esto con respecto a los significados semánticos abstractos. Hilary Putnam, por ejemplo, nos invita a imaginar una tierra gemela en la que una sustancia

¹⁰ H. PUTNAM, “Meaning of Meaning”, en *Philosophical Papers*, Vol. 2: *Mind, Language, and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, pp. 215-71.

llamada “agua” juega exactamente el mismo papel que el agua en la tierra aunque sea químicamente diferente del agua terrestre¹⁰. El agua de la tierra gemela parece, sabe, suena y se comporta exactamente como el agua, pero tiene la composición química XYZ, y no H₂O. De este modo, si tanto mi doble en la tierra gemela como yo hablamos del agua en términos del papel que desempeña, parece que expresamos la misma creencia, pero nos referimos a cosas diferentes. Ambos creemos que “el agua juega tal y tal papel”, pero mientras que él se refiere a XYZ, yo me refiero a H₂O. Putnam concluye que dado que creencias idénticas pueden referirse a cosas diferentes, el contenido mental no puede fijar la referencia. Claramente, el ocasionalismo de Putnam se aplica sólo a significados semánticos abstractos, no a significados particulares. Tanto mi doble como yo tenemos la intención de expresar la idea de que el agua juega tal y tal papel, y cualquier individuo de nuestras tierras respectivas que nos entienda de este modo habrá comprendido correctamente nuestras intenciones particulares. Es sólo que las condiciones de verdad de nuestras expresiones tratadas de modo abstracto como proposiciones diferirán. Mientras que la proposición abstracta encarnada en mi expresión en la tierra será verdadera si H₂O juega tal y tal papel, la proposición abstracta encarnada en su expresión en la tierra gemela será verdadera si XYZ juega tal y tal papel. Ciertamente Putnam no sugiere que la ocasión de una expresión influya en la intención particular de su autor. Por el contrario, concluye que el contenido mental no fija la referencia precisamente porque cree que la ocasión de una expresión influye en su significado semántico o referencia, pero no en su significado particular o contenido mental. Por ello, es claro que su ocasionalismo semántico no socava el individualismo procedimental.

Desafortunadamente, no obstante, no podemos dejar la cuestión ahí, dado que algunos filósofos defienden una versión más agresiva del ocasionalismo. Afirman que los lenguajes agrupan los objetos de modos que impregnan el contenido mental a fin de impedir que individúemos nuestros pensamientos, creencias o intenciones de modo individualista. No niegan que los significados deriven de las intenciones. Más bien niegan que podamos individuar las intenciones solamente por recurso a hechos sobre los individuos cuyas intenciones son. Tyler Burge, por ejemplo, nos invita a imaginar a la señora Paciente, que pertenece a una comunidad que usa la palabra “artritis” para describir enfermedades reumatóides de las articulaciones¹¹. La señora Paciente nos dice “tengo artritis en el muslo” y le explicamos que está equivocada, porque la artritis se da sólo en las articulaciones, y ella acepta que estaba en un error. En este caso, diríamos que la señora Paciente creía que tenía artritis en el muslo. Luego, Burge nos invita a imaginar a la señora Paciente*, que es física y mentalmente idéntica a la señora Paciente, aunque pertenece a una comunidad lingüística cuyos miembros usa la palabra “artri-

¹¹ T. BURGE, “Individualism and the Mental”, in P. FRENCH, T. UEHLING, JR, & H. WETTSTEIN (eds.), *Midwest Studies in Philosophy*, vol. 4: *Studies in Metaphysics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1979, pp. 73-121.

tis" para describir enfermedades reumáticas tanto de los huesos como de las articulaciones. La señora Paciente* nos dice "tengo artritis en el muslo", pero dado que su expresión tiene sentido en el lenguaje de su comunidad lingüística, no le decimos que la artritis se da sólo en las articulaciones, por lo que se equivoca. En este caso, diríamos que la señora Paciente* creía que tenía una enfermedad reumática en el muslo, no que la señora Paciente* creía que tenía artritis en el muslo. Burge concluye, por ello, que atribuimos creencias diferentes a la señora Paciente y a la señora Paciente* a pesar del hecho de que son física y mentalmente idénticas. Más generalmente, los ocasionalistas como Burge nos presentan dos individuos que se diferencian sólo por sus comunidades lingüísticas, y que hacen declaraciones idénticas sólo para que identifiquemos esas declaraciones como expresiones de creencias o intenciones diferentes. Concluyen, por ello, que no podemos individuar una intención sólo tomando como referencia el individuo en cuestión. Para fijar el significado particular de una expresión para su autor, tenemos que referirnos a la comunidad lingüística del autor, entendida como parte de la ocasión de su creación.

Los ocasionalistas como Burge distorsionan la importancia de su experimento mental. Lo hacen porque no distinguen apropiadamente entre los papeles de los significados particulares y lingüísticos del discurso humano. Consideremos de nuevo el caso de la señora Paciente. Ella dice "tengo artritis en el muslo" porque cree que tiene una enfermedad reumática en el muslo y que la palabra "artritis" se refiere a las enfermedades reumáticas de los huesos. Puesto que éstas son sus creencias, cuando dice "tengo artritis en el muslo", tiene la intención de expresar la idea "tengo una enfermedad reumática en el muslo", y cualquiera que la entienda así habrá entendido correctamente su intención particular. Los ocasionalistas como Burge sugieren, en contraste, que trataríamos su declaración como expresión de la creencia errónea "tengo artritis en el muslo", y, de modo más sorprendente, que ella aceptaría que lo hiciésemos así. Sin embargo, el hecho de que tratásemos su expresión como tal y cual no establece que sea tal y cual. Cuando tratamos su declaración como expresión de una creencia errónea, la tratamos en términos de su significado abstracto o lingüístico, no del significado que tiene en virtud de su intención particular; después de todo, el significado convencional de "tengo artritis en el muslo" es "tengo artritis en el muslo", no "tengo una enfermedad reumatoide en el muslo". De modo semejante, cuando ella acepta nuestro tratamiento de su expresión, la trata en términos de su significado lingüístico abstracto, no de su significado particular para ella. Los ocasionalistas como Burge sólo establecen que a veces tratamos las expresiones como si su significado particular fuese dado por su significado lingüístico. No afirman que las intenciones particulares dependan de los significados lingüísticos.

¿Por qué a veces las personas tratan una declaración, hecha por ellos mismos o por otros, en términos de su significado lingüístico y no del particular? La gente trata las declaraciones de este modo porque reconocen que el uso

convencional tiene una cierta autoridad. La autoridad de los significados lingüísticos y la distinción entre éstos y los particulares, aparece siempre que hablamos de que alguien ha dicho una cosa y ha querido decir algo distinto. Siempre que hacemos esto, distinguimos entre lo que alguien dijo, definido en términos de la autoridad del significado convencional o lingüístico de la expresión, de lo que quiso decir, definido en términos del significado particular de la expresión. Esta distinción implica otra entre dos formas de discurso. Por una parte tenemos el diálogo definido como la forma de discurso en la que tratamos de recuperar los significados intencionales sin rendir homenaje a la autoridad de los significados lingüísticos. Por otra parte, tenemos el argumento definido como la forma de discurso en la que aceptamos la autoridad de los significados lingüísticos. Cuando nos metemos en un diálogo, queremos comprender a las otras personas, de modo que típicamente tratamos sus declaraciones con caridad¹². Tratamos de captar sus intenciones particulares aunque hacerlo implique que atribuyamos un significado no convencional a sus palabras. Cuando nos ocupamos en un argumento, queremos mostrar que otras personas están equivocadas, de modo que tratamos sus declaraciones de modo no caritativo. Tratamos de sujetarlos al significado lingüístico de sus declaraciones aunque hacer eso implique que ignoremos las creencias particulares que tenían la intención de expresar.

Ahora podemos identificar el error cometido por los ocasionalistas como Burge. Mientras que sus experimentos mentales dependen de que tratemos las expresiones como lo haríamos en el argumento, su conclusión supuestamente se aplica a cómo trataríamos las expresiones en el diálogo. Mientras que sus experimentos mentales dependen de que hagamos equivalente el significado de una expresión con su significado lingüístico abstracto, su conclusión supuestamente se aplica a las intenciones particulares. Si tratamos la expresión de la señora Paciente como una contribución a un argumento, la mantendremos en la creencia de que ella tiene artritis en el muslo, pero lo haremos porque identificaremos el significado de su declaración con su significado lingüístico, no sus intenciones. En este caso, por ello, los ocasionalistas no tienen fundamentos para aplicar su conclusión a las intenciones. De modo similar, si tratamos la declaración de la señora Paciente como una contribución a un diálogo, nos preocuparemos por sus intenciones, pero consideraremos que el significado de su declaración es que ella tiene una enfermedad reumática en el muslo. Por eso, en este caso, no hay diferencia entre las creencias y los significados que atribuimos a la señora Paciente y los que atribuimos a la señora Paciente*. Los ocasionalistas tales como Burge no pueden, por lo tanto, establecer que no podamos individuar las intenciones solamente por recurso a los individuos cuyas intenciones son.

¹² Decir esto no es suscribir ninguna explicación particular de cómo deberíamos tratar las declaraciones de modo caritativo. En particular, no supone aceptar el principio de caridad de Davidson, para el cual véase D. DAVIDSON, "Radical Interpretation", "Belief and the Basis of Meaning", & "Thought and Talk", en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 1984, pp. 125-39, 141-54, & 155-70.

Aunque las declaraciones se hacen en ocasiones particulares, los hechos objetivos acerca de las ocasiones no influyen directamente en sus significados. No lo hacen porque los significados se refieren a las ocasiones como son percibidas por los individuos, no a las ocasiones como realmente son o como creemos que son. Imaginemos, por ejemplo, que Peter dice “chica aleluya” para indicar la presencia de un miembro femenino del Ejército de Salvación, aunque la mujer a la que se refiere no sea de hecho un miembro del Ejército de Salvación. Susan captará su intención si reconoce que él está describiendo a la mujer en cuestión como un miembro femenino del Ejército de Salvación. Comprenderá su intención con tal de que capte lo que él cree sobre la ocasión. De hecho, aunque ella no reconozca la verdadera naturaleza de la ocasión, aunque crea también que la mujer es miembro del Ejército de Salvación, aún captará el significado de la declaración de Peter con tal de que comprenda correctamente su intención que expresa su visión de la ocasión. Cuando describimos una ocasión, completamos el significado de una declaración sólo en la medida en que el autor percibió la ocasión tal como la describimos. Por ello, podemos concluir que los significados son o bien intenciones o abstracciones derivadas de las intenciones. Cuando otras cosas, tales como el contexto lingüístico o económico de una expresión, influyen en un significado, lo hacen sólo indirectamente en virtud de su relación con tales intenciones. Para justificar esta versión del intencionalismo, sin embargo, tuvimos que adoptar un concepto débil de intención. Tuvimos que concebir una intención no como el propósito previo del autor, sino más bien como el significado que una expresión tiene para un individuo particular, sea su autor o su lector. La clave del intencionalismo, por ello, es el individualismo procedimental.

III

Según el individualismo procedimental, los significados derivan de las intenciones de individuos concretos y pueden ser individuados exclusivamente tomando como referencia a esos individuos. Puedo completar esta versión débil del intencionalismo mostrando cómo evita los errores ampliamente asociados con una versión más fuerte. El intencionalismo fuerte implica a veces que un texto tiene un significado sólo en virtud de la voluntad determinante de su autor, de modo que para comprender lo que dice un texto, debemos recuperar lo que su autor quiso decir¹³. Las dificultades prin-

¹³ E. HIRSCH, *Validity in Interpretation*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1967. Muchos críticos se han opuesto a la famosa defensa que hace Hirsch de un intencionalismo fuerte basado en su afirmación de que “si el significado del texto no es el del autor, entonces ninguna interpretación puede corresponder posiblemente al significado del texto, dado que el texto no puede tener significado determinado o determinable alguno” (p. 5). Sin embargo, en otra parte, afirma que “la naturaleza del texto es no tener significado alguno, excepto el que un intérprete quiere en la existencia”. Véase E. HIRSCH, “Three Dimensions of Hermeneutics”, en *New Literary History* 3 (1972) 246. Si consideramos esta última afirmación como una glosa de la primera, entonces su posición realmente se parece extraordinariamente al intencionalismo débil que defiende más que al intencionalismo fuerte que sus críticos le atribuyen.

cipales de este argumento surgen porque asume que los textos tienen significados temporales. Los intencionalistas fuertes tienen razón en insistir que los significados requieren de la acción de la voluntad o la mente de un individuo concreto. Pero dado que buscan el significado de un texto, se centran erróneamente de modo exclusivo en la mente del autor, desatendiendo de este modo el hecho de que la mente de un lector también puede actuar para determinar un significado. En muchos otros aspectos, el intencionalismo fuerte me parece más bien como un hombre de paja construido por los críticos que deberían dirigir el fuego hacia el intencionalismo débil, pero que han fallado en ubicar su objetivo. Por eso, al distinguir entre dos variedades de intencionalismo, me preocupa menos distanciarme de otros intencionalistas que desarmar a los críticos que han malinterpretado el intencionalismo.

Los individualistas procedimentales y los intencionalistas fuertes tienen visiones diferentes de las intenciones autoriales. Los intencionalistas fuertes identifican típicamente las intenciones autoriales con propósitos anteriores¹⁴. Por ejemplo, cuando los autores se proponen escribir un poema que exprese tristeza, su propósito previo es escribir un poema triste; así, según los intencionalistas fuertes, el significado de su poema debe incorporar una noción de tristeza. De este modo, el intencionalismo fuerte identifica el significado de una expresión con un propósito autorial antecedente a la misma –primero los poetas quieren escribir un poema triste y luego lo hacen–. Sin embargo, en realidad, dado que los propósitos autoriales son antecedentes a las declaraciones, deben estar relacionados sólo contingentemente con los significados que las declaraciones tienen para sus autores. Los poetas podrían proponerse escribir un poema triste sólo después de llegar a considerar lo que están escribiendo como feliz, y si esto ocurre, sus poemas llegarán a tener para ellos un significado diferente de su propósito previo. Así, los *New Critics* tienen mucha razón al condenar el intencionalismo fuerte¹⁵. Los propósitos previos se relacionan sólo de modo contingente con los significados de las declaraciones para sus autores, y esto implica que no pueden ser constitutivos de los significados. Consideremos el ejemplo de un poeta que se propone escribir un poema triste pero mientras escribe se pone a pensar en él como feliz. Sería insensato el experto que insistiese en que comprendemos que el significado del poema incluye un sentimiento de tristeza simplemente porque el propósito original del autor había sido escribir un poema triste. De modo más general, los propósitos previos no pueden determinar el significado de una declaración para su autor, porque los autores con frecuencia cambian de opinión sobre lo que hacen mientras están entregados al acto de escribir. Los pro-

¹⁴ Una fuente de la equiparación de las intenciones autoriales con los propósitos previos parece ser el interés de los críticos literarios en los efectos emocionales que los autores esperan que tengan sus obras. Véase I. RICHARDS, *Practical Criticism*, London, Routledge & Kegan Paul, 1929, particularmente pp. 180-83.

¹⁵ W. WIMSATT & M. BEARDSLEY, "The Intentional Fallacy", en W. WIMSATT, *The Verbal Icon: Studies in the Meaning of Poetry*, Lexington, Kentucky, University of Kentucky Press, 1954, pp. 3-18.

pósitos previos no tienen necesariamente que ver con los significados que las declaraciones tienen para sus autores y aún menos para otros. Son meramente hechos biográficos sobre los autores.

El individualismo procedimental evita los errores del intencionalismo fuerte identificados por los New Critics. Lo hace equiparando las intenciones autoriales con el significado que una declaración tiene para su autor más que con el propósito previo de su autor¹⁶. Esta distinción tiene dos componentes importantes. El primero es que el individualismo procedimental se centra en las intenciones finales de los autores cuando hacen una declaración. No considera el propósito original de los autores cuando consideran por primera vez hacer una declaración. Por ejemplo, si un poeta se propone escribir un poema triste pero durante el curso de la escritura llega a considerar lo que estaba escribiendo como un poema feliz, entonces una descripción del significado del poema para su autor debe referirse a la concepción final de un poema feliz, pero no necesita referirse a la concepción original de un poema triste. Naturalmente, es posible que los autores alteren su visión del significado de sus declaraciones mucho después de que las hayan hecho –hay poca gente que nunca cambie de opinión–. Pero cuando esto sucede, el significado revisado de la declaración para su autor será un significado para su autor como lector, no como el autor. El segundo componente importante de la distinción entre el significado de una declaración para su autor y los propósitos previos de su autor es que aquél va más allá de una visión propositiva de las intenciones autoriales para abarcar las creencias sustantivas del autor. Las intenciones débiles no son reducibles a una preocupación por tener un cierto efecto o provocar un estado de cosas. Incorporan las ideas que animan el contenido real de la declaración. Por ejemplo, si un poeta escribe un poema que describe la tristeza sentida por la muerte de un amigo, el significado del poema para su autor podría incluir no sólo una intención final de expresar la idea de tristeza, sino también creencias acerca de la naturaleza de la tristeza. El intencionalismo débil implica que los significados intencionales derivan de las ideas que los autores esperan comunicar a través de sus declaraciones.

Los individualistas procedimentales y los intencionalistas fuertes también difieren en sus explicaciones de la naturaleza consciente de las intenciones autoriales. Los intencionalistas fuertes identifican las intenciones autoriales con la mente consciente¹⁷. Suponen que los autores tienen un conocimiento

¹⁶ Quentin Skinner ha hecho una distinción bastante cercana entre la intención *al* hacer algo y la intención *de* hacer algo, donde aquella, pero no ésta, influye en el significado de una declaración. Véase, en particular, Q. SKINNER, "Motives, Intentions, and the Interpretation of Texts", en TULLY (ed.), *Meaning and Context*, pp. 68-78. La diferencia entre mi distinción y la suya es que mis intenciones débiles incorporan creencias, mientras que sus intenciones al hacer algo también se centran en la fuerza ilocucionaria de una declaración. La base de esta diferencia no es que yo quiera excluir todos los deseos del aspecto intencional de una acción, sino más bien que no creo que tales deseos entren en el significado de una obra.

¹⁷ De hecho, los intencionalistas suelen enfatizar la importancia del preconscious y el inconsciente. Véase, por ejemplo, E. HIRSCH, *Validity in Interpretation*, pp. 51-7. De modo semejante,

infalible de sus propias intenciones, no sólo un acceso privilegiado a las mismas. Los autores deben estar en lo cierto sobre lo que sus declaraciones significan para ellos. Lo que está en juego aquí no es si debemos aceptar cada declaración que los autores hacen sobre sus intenciones o no. Puede que los autores mientan deliberadamente, e incluso los intencionalistas más virulentos no querrían perpetuar una mentira. Lo que está en juego es, más bien, si saber lo que los autores piensan que pretenden es saber lo que pretenden o no. Los intencionalistas fuertes afirman que lo es. Reducen las intenciones a las intenciones conscientes. Los teóricos psicoanalíticos, en contraste, sostienen, con bastante razón, que los autores no podrían captar conscientemente los significados que sus declaraciones tienen para ellos. La mente preconscious e inconsciente de un autor puede influir en lo que escribe sin que sea consciente de que esto sucede¹⁸. Para empezar, los autores pueden ignorar ciertas creencias expresadas por sus declaraciones, y cuando ocurre esto, el experto tendrá que modificar la auto-comprensión de los autores para captar sus intenciones reales. Por ejemplo, un crítico literario que encontrase alusiones frecuentes al divorcio en un poema sobre la tristeza sentida en la muerte de un amigo, podría concluir que una parte esencial del poema para su autor consiste en ciertas creencias preconscious sobre el divorcio. De un modo aún más radical, los autores pueden estar equivocados sobre las creencias que inspiraron su obra, y cuando esto sucede, un estudioso tendrá que dar la vuelta a la auto-comprensión de los autores para captar sus intenciones reales. Por ejemplo, un crítico literario que encontrase que un poema sobre la muerte sentida en la muerte de un amigo era en realidad un poema alegre, podría concluir que el poeta en realidad celebraba la muerte de su amigo. Los teóricos psicoanalíticos tienen bastante razón al condenar el intencionalismo fuerte sobre la base de que las intenciones conscientes de los autores no constituyen necesariamente el significado de sus declaraciones para sí mismos, y menos para los demás.

El individualismo procedimental evita los errores del intencionalismo fuerte identificados por los teóricos psicoanalíticos. Lo hace al equiparar las intenciones autoriales con los significados que las declaraciones tienen para sus autores, y dejando abierta la cuestión de si estos significados son conscientes, preconscious o inconscientes. El individualismo procedimental no se compromete con ninguna opinión particular de la conciencia que los autores tienen de sus intenciones. Después de todo, decir que una declaración sig-

aunque Skinner afirmaba inicialmente que los historiadores no podían anular ninguna declaración que los autores hicieran acerca de sus propias intenciones –SKINNER, “Meaning and Understanding”, p. 40– pronto rechazó esta opinión y comenzó a tener en cuenta la posibilidad no sólo de las intenciones preconscious, sino también de las inconscientes: SKINNER, “Motives, Intentions, and the Interpretation of Texts”, pp. 76-7.

¹⁸ Una aproximación psicoanalítica a la hermenéutica influyente en la actualidad deriva de J. LACAN, “The Function and Field of Speech and Language in Psychoanalysis” & “The Agency of the Letter in the Unconscious or Reason since Freud”, in *Écrits: A Selection*, trans. A. Sheridan, London, Tavistock Publishers, 1977, pp. 30-113 & 146-78.

nificaba tal y cual para su autor bien preconsciente o inconscientemente es, aún así, decir que significaba tal y cual para su autor. Imaginemos que un crítico literario encuentra alusiones constantes al divorcio en un poema en apariencia sobre la tristeza causada por la muerte de un amigo, y tras algunas consideraciones, decide que esas alusiones reflejan ciertas creencias inconscientes del poeta. Claramente, el crítico sigue describiendo las ideas, es decir, las intenciones débiles del autor. Los argumentos de los teóricos psicoanalíticos no afectan al individualismo procedimental, porque las intenciones preconscientes e inconscientes siguen siendo intenciones.

Los individualistas procedimentales y los intencionalistas fuertes difieren no sólo acerca de la naturaleza de las intenciones temporales, sino también acerca de la relación de tales intenciones con los significados históricos. Los intencionalistas fuertes afirman que el significado de una declaración para su autor agota su significado temporal¹⁹. Para ellos las intenciones autoriales, y las intenciones autoriales solas, constituyen los significados temporales. Los individualistas procedimentales, en contraste, sostienen que los significados temporales deben existir para individuos concretos, pero no necesariamente para los autores. Según los individualistas procedimentales, las declaraciones pueden tener significados no autoriales. Además, dado que las declaraciones pueden tener significados no autoriales, pueden llegar a poseer significados públicos de mayor trascendencia que los significados que tiene para sus autores. Imaginemos que un autor pretende que una declaración signifique una cosa, pero un lector entiende que significa otra cosa. Cuando sucede esto, los individualistas procedimentales dirán que la declaración significó lo que el lector entendió que significaba, aunque, por supuesto, lo significó para el lector, no para el autor. La salvedad es importante. Los significados no autoriales siguen teniendo que ser significados para individuos concretos. Podemos atribuir un significado no autorial a una declaración sólo si podemos mostrar que alguien la entendió realmente del modo relevante. Además, la evidencia que damos para mostrar que alguien realmente la entendió del modo relevante deben ser los escritos o posiblemente las acciones de la persona correspondiente. Por eso, en líneas generales, debemos basar cualquier afirmación de que una declaración tenía un significado no autorial sobre un razonamiento en torno al significado autorial de una o más obras por la persona que lo entendió del modo en que lo describen. La atribución de un significado no autorial a una declaración depende típicamente de un análisis del significado autorial de al menos otra declaración. En este sentido, al menos podemos

¹⁹ Es cierto que las preocupaciones teológicas condujeron a muchos de los primeros teóricos de la hermenéutica a ligar la interpretación correcta de una declaración con su significado original, entendido en términos bien de sólo autor o de su autor y su particular comunidad lingüística. Véase especialmente F. SCHLEIERMACHER, *Hermeneutics: The Hand Written Manuscripts*, ed. H. Kimmerle, trans. J. Duke & J. Forstman, Missoula, Mont., Scholars Press, 1977, particularmente. p. 68. No obstante, los intencionalistas posteriores han sido considerablemente más prudentes sobre tales cuestiones. Véase por ejemplo HIRSCH, "Three Dimensions", 247.

decir que todos los significados están disponibles para nosotros sólo como significados autoriales.

IV

He defendido un individualismo procedimental según el cual un significado temporal debe ser o bien un significado para una persona concreta o una abstracción basada en tales significados. A menos que postulemos significados metafísicos, atemporales, debemos aceptar que los significados siempre derivan, en últimos término, de intenciones débiles. Así pues, una vez que concebimos el intencionalismo en términos del individualismo procedimental en vez de la tesis fuerte con la que ha estado asociado, podemos defenderlo contra las feroces críticas lanzadas contra el mismo. Para empezar, podemos unir los significados con la actividad intencional o mental de individuos concretos. Además, podemos superar todas las aparentes lagunas entre las intenciones autoriales y los significados –lagunas tales como la que hay entre el propósito previo y la representación o la que hay entre la mente consciente y la inconsciente–.

Sin embargo, antes señalé que el intencionalismo había sido criticado no sólo en términos de tales lagunas, sino también en términos de las dificultades para identificar o incluso postular autores para declaraciones tales como la Biblia, o una señal de “no pisar el césped”. ¿Nos proporciona el individualismo procedimental recursos teóricos con los que responder a estas últimas críticas? Quiero sugerir que sí. En particular, el individualismo procedimental insiste en que los textos no tienen significados en sí mismos, sino sólo para individuos concretos. De este modo, apunta claramente a una distinción conceptual entre el creador de un objeto –lo que hace que llegue a ser– y el autor de una declaración – la persona que primero atribuye un contenido significativo al objeto relevante–. Una vez que apreciamos esta distinción, además, el individualismo procedimental nos llevará a concluir que cualquier declaración tendrá tanto un creador como un autor, pero los dos no tienen por qué ser el mismo²⁰. Para completar este argumento abstracto, quiero concluir viendo cómo funciona en relación con los tres tipos de declaración que más comúnmente se piensa que carecen de autor.

Consideremos en primer lugar las declaraciones que tienen un autor compuesto o autores múltiples. En estos casos, podemos distinguir entre los creadores de los fragmentos individuales de la declaración, y el autor que por primera vez reunió estos fragmentos en una única declaración. Podemos distinguir, por ejemplo, entre las numerosas personas que suponemos que

²⁰ Asumo que la definición de declaración incluye la idea de ser considerada significativa. Por supuesto, podría haber objetos semejantes a las declaraciones que no se consideren significativos, pero que lo serán en el futuro, y estos objetos normalmente tendrían creadores pero no autores.

han jugado un papel importante en la tradición oral de la que emergió *La Ilíada* y el autor o autores que por vez primera escribieron y unieron un significado a la versión particular que nos afecta. Por supuesto que si estamos interesados en una parte componente particular de una declaración, podemos dirigir nuestra atención a un autor distinto del autor de la declaración total. Por ejemplo, no hay duda de que el autor del Evangelio de San Juan no fue también el autor de la Biblia. De modo semejante, aunque normalmente atribuimos el significado de una declaración en coautoría a todos los autores, podríamos centrarnos en una parte componente de la misma que atribuyamos a sólo uno de ellos. Sin embargo, para cada declaración, sea el todo o la parte de un todo mayor, podemos postular un autor que por vez primera le atribuyó significado.

Consideremos ahora declaraciones muy simples que se repiten, por ejemplo avisos públicos comunes. Algunos estudiosos afirman que avisos como “no pisar el césped” no tienen autores²¹. Sin duda, podríamos admitir que tales avisos habitualmente son creados por máquinas: después de todo, hay algo extraño en la idea de que pudiesen ser creadas por alguien que nunca las ve ni las toca, tal como, por ejemplo, la persona que por primera vez puso un aviso que decía “no pisar el césped”, o la persona que programó la máquina pertinente para producir cien avisos de esos. Dado que las impresoras no pueden atribuir significados a los objetos, además, podemos admitir también que los creadores de tales avisos no pueden ser sus autores. En vez de eso podemos decir que el autor de tal aviso es la persona que por primera vez le atribuyó un significado. Desde este punto de vista, el aviso podría existir como un objeto durante algún tiempo antes de que alguien lo constituyese en un objeto significativo. El aviso como objeto es creado por una máquina. Como objeto significativo, sin embargo, es constituido por un autor.

Consideremos finalmente el caso de declaraciones aparentemente accidentales tales como el ejemplo imaginado del mono que escribe *Hamlet*²². Está claro que tales declaraciones son análogas a los avisos que acabamos de considerar. Tenemos el mono que crea el manuscrito de *Hamlet* y a Shakespeare, que por primera vez hizo tal declaración, pero ninguno de los dos parece apropiado como autor del manuscrito concreto que estamos considerando. Más bien, podemos decir que el autor es la persona que por primera vez atribuye significado al manuscrito del mono.

En la mayoría de los casos, el autor de una declaración será su creador. En algunos casos especiales, sin embargo, el creador no atribuye significado

²¹ Para la afirmación de que los textos tienen autores solo si pueden ser interpretados de muchas maneras, véase A. NEHAMAS, “What an Author Is”, en *Journal of Philosophy* 83 (1986) 685.

²² Las declaraciones accidentales también incluirían las generadas por ordenador que son invocadas en contra del intencionalismo por G. DICKIE, *Aesthetics: An Introduction*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1971, particularmente. p. 112.

alguno a la declaración y por eso no puede ser su autor. El autor de la declaración en estos casos es la persona que por primera vez le atribuye significado. Tal conclusión parecerá paradójica sólo si seguimos el intencionalismo fuerte al centrarnos en los propósitos conscientes y previos del autor. Esta focalización mantiene una rígida distinción entre autor y lector, e igualmente equipara autoría con creación. El individualismo procedimental, en contraste, nos permite ver a los autores y lectores como atribuyendo significado a una declaración de un modo muy semejante, y también distinguir esta atribución de significado de la creación. Por eso, en esta visión no hay nada paradójico en la idea de que el autor de una declaración pudiera ser no su creador, sino más bien el primer lector que le atribuye significado²³.

²³ Traducido al español por Sixto J. Castro.